

es una obra muerta; nada hay que aprender en ella. Por lo que respecta al estudio general de la revolucion consumada en las llanuras de Farsalia, en Alejandria, en Munda; á la inteligencia particular de los intereses que sostuvieron una lucha tan desesperada en aquellos campos contra el genio de la nueva revolucion; al juicio de aquel gran conflicto, de sus últimas causas, de sus efectos, de la relacion fatal que existia entre las cosas y el carácter de los hombres, la *Farsalia* es una obra inexacta, mentirosa, á menudo calumniosa en sus consideraciones y poco cuerda en sus simpatías; y todo esto, segun mi dictamen, sin mala intencion, sin sombra siquiera de pasion personal. En la *Farsalia* no hay mayor odio que el que se advierte en nuestros discursos de retórica cuando apostrofamos á un tirano.

» La idea de la *Farsalia* le ocurrió á Lucano como la idea de la *Tebaida* y de la *Aquiléida* á Estacio, como la idea de la *Guerra púnica* á Silio Itálico, como la idea de la *Argonáutica* á Valerio Flaco, como en el siglo XVIII la idea de la *Enriada* á Voltaire. Solo despues de haber escrito la *Enriada*, imaginó Voltaire que esta fuese una obra de intencion filosófica, de tolerancia religiosa; la primera inspiracion habia sido del todo literaria. Voltaire buscaba un asunto de poema épico, y la *Enriada* se ofreció

naturalmente á él. Mas tarde hizo de ella la mas importante predicacion de su gran mision filosófica en nuestra vieja Europa, pues que halló su ventaja en aparecer como un genio desde su salida del colegio hasta su muerte. El tiempo de Neron y el de Luis XV no eran propios para la epopeya, pues la epopeya no puede ser obra de un poeta que, colocado en una época de critica y de escepticismo, se refiere con el estudio á una época de fe, y trata de ser aquella época misma mediante el modo de proceder del autor dramático, que procura convertirse por un momento en cada uno de sus personajes. No es preciso que el poeta y el libro sean contemporáneos, que la fe de la época esté en el corazon del poeta; es preciso que esta semejanza nazca naturalmente por sí misma y no sea el resultado del esfuerzo á cada instante interrumpido de un erudito que abandona su siglo tantas horas al dia para irse á vivir á otro. La epopeya de Homero está toda en derredor suyo, no ménos sobre su cabeza que á sus piés; la epopeya de Dante es contemporánea del poeta, atormenta toda su vida, le obliga á morir en el destierro; la epopeya de Shakspeare, escéptica, es hija del mayor y mas universal movimiento de escepticismo de las edades modernas. La obra, el poeta, el tiempo no forman sino una cosa sola. »

NÚM. VII

LITERATURA CHINA.

§ 1. NOVELAS.

Mas adelante trataremos de la dramática de los Indios, Griegos, Latinos y tambien de la de los Chinos, singular como todo lo que pertenece á aquel pueblo. Fijandonos ahora en las novelas vamos á hablar mas largamente de la *Union afortunada*, acerca de la cual dijimos ya algo en la NARRACION, tomo II, trasladando el análisis hecho por Davis.

» La *Union afortunada* puede considerarse como un excelente ensayo de cuadros de costumbres. El interes, la viveza del enredo, el calor del diálogo, el carácter de los personajes bien desarrollado y sostenido, la buena moral que contiene, todo contribuye á hacernos formar una opinion favorable del gusto de los Chinos. Los nombres de los personajes aluden á la naturaleza de su disposicion. El héroe se llama Ti-chong-yu (*de hierro*), y la heroína Cui-ping-sin (*corazon de hielo*), esto es, casta, no indiferente ó fria, que es el significado que tendria entre nosotros. Ti-chong-yu es un jóven estudiante, cuya familia habita en una ciudad que dista de la capital 250 millas; dotado de hermosa presencia, pero de índole muy irritable, compensa sus defectos con una gran generosidad y una suma prontitud en hacer bien y socorrer á sus semejantes. Su padre es censor, y se distingue por su integridad y por la franqueza con que habla al emperador. Conocido el carácter impetuoso de su hijo, no le permite residir en Pekin; habia querido casarle á los diez y seis años, mas lo difirió á instancias suyas. Por lo tanto, hasta la edad de veinte años continuó Ti-chong-yu dedicando su atencion á los estudios. Un dia al leer se encontró con la historia de un ministro, célebre en los anales chinos, que fué víctima de la virtuosa franqueza con que amonestaba á su soberano. Reflexionando sobre tal acontecimiento, le asaltó el temor de que sobreviniese igual desgracia á su padre, y en su inquietud resolvió dirigirse á la capital. Por el camino, en una aldea donde se habia detenido á pernoctar, oyó la relacion

de un noble poderoso que habia robado su novia á un estudiante, y en el momento, como si se tratara de un asunto propio, se encargó de presentar al emperador una peticion sobre este objeto. Cuando nuestro héroe llegó á Pekin, halló realizados todos sus temores. Habia desagrado al emperador el celo mostrado por el censor en la defensa de la causa de aquel mismo estudiante, causa que creía justa. Remitido el asunto al consejo criminal, el reo hizo tanto con su riqueza y su influencia que logró ser absuelto y persuadir al emperador de que el censor le habia engañado. El padre de Ti-chong-yu fué depuesto y reducido á prision. El héroe entró en la cárcel, y sorprendió agradablemente al autor de sus dias presentándole una memoria del estudiante, que justificaba la conducta observada por el censor. En seguida halló medio de que aquel documento llegase á manos del emperador, el cual se manifestó favorable, y le trasmitió, conforme á la súplica, una orden secreta para prender al noble. Ti-chong-yu, armado de una maza de cobre, marchó al palacio del reo, y despues de una larga lucha logró prenderle, y libertar á la novia del estudiante. El censor fué repuesto y ascendió; el emperador castigó al noble y dispensó grandísimos elogios al valor y celo del jóven que habia sabido con tal acierto dar cima al negocio; pero á fin de que las alabanzas que se le prodigaban por todos no le envaneciesen, el padre le envió á hacer un viaje de instruccion á lo interior del imperio.

» En un distrito de la provincia de Chan-tong habitaba un individuo del tribunal militar de Pekin, el cual tenia una hija única, llamada Cui-ping-sin, y dotada de rara belleza y de admirables cualidades morales. El magistrado, habiendo muerto su esposa, confiaba á Cui-ping-sin el cuidado de sus heredades, siempre que los deberes de su empleo le obligaban á partir á la capital. Chu-yun, indigno hermano de este mandarin, que tenia tres hijos y una hija feísima, codiciaba mucho tiempo hacia sus bienes, los cuales le habrian tocado si se hubiese casado su sobrina; á conseguirlo, pues, dirigia todos sus esfuerzos. Por un error cometido en

el ejercicio de sus funciones, había sido el mandarín confinado á Tartaria, y aprovechando su ausencia, Chu-yun se unió á un jóven libertino de noble familia, que deseaba casarse con Cui-ping-sin. Esta al principio trató de ganar tiempo, y luego consiguió persuadir al estúpido tío á que diese su propia hija en matrimonio al jóven señor, el cual se puso furioso al verse despreciado. Chu-yun pudo sin embargo calmarle, haciéndole una propuesta que revelaba toda la bajeza de su carácter, y le indicó el medio de poseer á Cui-ping-sin, tomarla por esposa y reducir á su propia mujer á la clase de concubina. Concertóse todo tan bien que parecía imposible dejase la jóven de caer en las *fauces del dragon*. Aquí el interés crece, y debemos admirar el arte con que Cui-ping-sin supo desbaratar todos los planes astutos de los dos perseguidores. Pero estos no se cansaban, y formaron el proyecto de apoderarse de ella mientras volvía del sepulcro de su madre, donde había ido á cumplir con los ritos de la estación de otoño. Advertida á tiempo, cambió de traje, entró en la litera de una compañera, y llenando la suya de piedras, la cerró y partió. Llegó el jóven señor, y abrió la litera en presencia de los que le acompañaban, que soltaron la carcajada al verle así burlado. Pero esta segunda desgracia, lejos de desanimar al incorregible libertino, aumentó por el contrario su atrevimiento. Cui-ping-sin, encerrada en su casa, no recibía á ninguna persona extraña, y él no podía lisonjearse de que se apoderaría de ella á viva fuerza. Recurrió de consiguiente á la astucia, y haciendo llegar al objeto amado un falso decreto que revocaba el destierro de su padre, logró introducirse en la casa acompañado de una numerosa tropa de sirvientes. Cui-ping-sin, viéndose en sus manos, pidió que se le condujese ante el magistrado, el cual, hallándose ligado por los vínculos de la amistad y el parentesco al jóven señor, fácilmente condescendió con sus deseos.

» Ti-chong-yu, á quien hemos dejado viajando, entraba en aquel momento en la ciudad. Al volver una esquina, encontró el acompañamiento, y chocó con él la litera en que iba Cui-ping-sin. Irritado, mostró con altivez su resentimiento; pero habiéndose excusado los conductores, estaba para marcharse, cuando oyó una voz de mujer, dulce y lastimera, que decía: *Me hacen violencia; vuestro valor me socorra*. Como un caballero andante, Ti-chong-yu se apoderó de toda la tropa y la llevó ante el magistrado, que había sentenciado ya á favor del pariente y amigo. Golpeando en el gran tambor colocado á la puerta, penetró en el tribunal y habló de igual á igual con el juez, quien no obstante adjudicó á Cui-ping-sin al raptor. Furioso nuestro héroe, se dió entonces á conocer, y el magistrado tuvo que ordenar se dejase libre á la hija del mandarín. Ti-chong-yu se quedó sorprendido al ver la extraordinaria hermosura de aquella á quien había salvado, y Cui-ping-

sin, por su parte, le estaba sinceramente obligada por el reconocimiento. Entretanto el raptor proyectó vengarse; sedujo algunos malos sacerdotes del monasterio budístico, donde, según el uso, momentáneamente habitaba nuestro héroe, y les indujo á envenenar el alimento que le diesen. Cui-ping-sin, que sabía de lo que aquel era capaz, tenía emisarios encargados de informarle de cuanto sucediera. Habiendo sabido que su libertador estaba enfermo, adoptó inmediatamente la resolución de darle asilo en su casa, como único medio de salvarle la vida. Nuestro héroe consintió con dificultad, temiendo comprometerla. Como recobrase en breve la salud, estaba para salir, sin haber visto una sola vez á la jóven, porque en aquella coyuntura se había observado rigurosamente el decoro chino, cuando su rival, cada vez mas furioso, envió á Chu-yun para que reprendiese á su sobrina y le manifestase lo impropio de su conducta. Cui-ping-sin se excusó con la urgencia del caso y con la gratitud que debía á su libertador. El tío partió despues de dejar apostada una persona que espíase todos sus pasos, y habiendo recibido de este las noticias mas favorables sobre el comportamiento de la jóven, de modo que no era posible molestarla bajo tal concepto, meditó otras estratagemas.

» Ti-chong-yu, perfectamente curado, abandonó á la que podía considerar á su turno como libertadora, y se dirigió á su provincia para prepararse al próximo exámen público de los candidatos á los grados literarios. Aprovechóse de su ausencia el incansable perseguidor de Cui-ping-sin, y consiguió atraer á su partido á un comisario imperial que acababa de llegar y á quien protegía su padre. El perverso magistrado le autorizó por escrito para casarse con la jóven en su propia casa, en fuerza de una disposición particular de las leyes chinas. Entretanto Cui-ping-sin, habiendo enviado secretamente un memorial al emperador, reclamó del comisario que la protegiese y librase del libertino que la traía asediada, y como aquel no la atendiese, le mostró copia de las quejas dirigidas contra él al emperador. Asustado el comisario se opuso á la celebracion del matrimonio y ella se apresuró á retirar el mensaje. No tardo Ti-chong-yu en ser informado de cuanto sufría su amante, y volviendo sin demora á la provincia de Chang-tong, la protegió. Al verle llegar, los dos malvados le enviaron un astuto esclavo con un billete fingido de Cui-ping-sin, que le pedía una entrevista. Un mensaje tan abiertamente contrario al carácter de la jóven, despertó en él sospechas, de modo que, amenazando al esclavo, le indujo á revelar el pérfido lazo que le tenían preparado sus enemigos. Estos no se desanimaron por ello, y su ingenio inventivo les sugirió una nueva astucia. El jóven señor se presentó en la casa de Ti-chong-yu, y como se le negase la entrada, según esperaba, dejó una tarjeta. Ti-chong-yu se creyó en el deber de devolverle la vista, é introducido en su casa,

se halló en medio de una numerosa reunion, á la cual tuvo á pesar suyo que agregarse. Había concertado el señor con sus amigos que se suscitase alguna disputa, la cual diese lugar á arrojarse sobre el amante de Chui-ping-sin y maltratarle; pero este se condujo con tal desenvoltura y valor que se libró de la asechanza.

» Posteriormente se le presentó la ocasion de dispensar un señalado servicio al padre de su amada, haciendo que se revocara su destierro y que se le repusiera en su destino. Entonces las dos familias determinaron contraer parentesco, mediante el casamiento de los dos amantes. Pero la sutileza de la escuela de Confucio, cuyos principios profesaban Cui-ping-sin y Ti-chong-yu, les inspiró escrúpulos recíprocos, y rehusaron al principio casarse por temor de que alguno dudara de la pureza y del desinterés que habían tenido en sus acciones; finalmente, todo escrúpulo cesó. Sin embargo, en el momento que estaba para celebrarse el matrimonio, Chu-yun y su digno amigo acudieron á interponer nuevos obstáculos. En consideracion á la elevada categoría de ambas partes, el asunto se llevó ante el emperador, que castigó á los criminales, tributó elogios á la feliz pareja, y sancionó por sí mismo su union.

§. 2. LÍRICA. — ODAS DEL CHI-KING.

Misericordias del género humano.

Quando mucho granizo cae en esta estación, es un portentoso. El dolor hiere mi alma cuando veo las obras de los pecadores, ¿pueden llegar á mas? Mirad á qué triste condicion estoy reducido; mi dolor se me aumenta á cada instante. Tened algun respeto á los cuidados que me tomo; la melancolía me mata, y estoy obligado á ocultarla.

He recibido la vida de mis padres; ¿me la han dado solo para que la oprimiesen tantos males? No puedo avanzar ni retroceder. Los hombres ejercitan sus lenguas en adularse ó en destruirse, y si me nuestro afectado de ello, estoy expuesto á sus burlas.

Mi corazón se llena de amargura con el espectáculo de tal miseria; los mas inocentes son los mas dignos de lástima. ¿De dónde esperarán socorro? ¿Dónde se me detendrán estos cuervos? ¿Cuál será su víctima?

Observad esa gran selva, llena de madera, buena únicamente para quemar. El pueblo, agobiado por tantos males, mira al cielo y parece dudar de la Providencia. Pero llegada la hora de ejecutar sus mandamientos, ninguno podrá oponerse á ellos. El Ser Supremo es único soberano; cuando castiga es justo, y nadie puede acusarle de obrar por ira.

Sin embargo, los impíos observan como bajo lo que es alto, y como alto lo que es bajo. ¿Cuándo terminarán sus excesos? Llaman sa-

bios á los viejos, y les dicen riéndose: *Explícadnos nuestros sueños*. Están cubiertos de pecados, y se creen sin mancha. ¿Cómo distinguir entre los cuervos al macho de la hembra?

Quando pienso en el Señor del universo en su grandeza y en su justicia, me humillo ante él, y tiemblo al figurarme que voy á oír sus reprensiones. No obstante, mis palabras parten todas del fondo del corazón, y están conformes con la razón. Los malvados tienen lenguas de serpiente para destrozarse á los hombres honrados, y sin embargo viven tranquilos.

Mira esa vasta campiña, abundante solo en malas yerbas, que han brotado de su seno. El Cielo parece mofarse de mí, como si yo nada fuese, y exige una cuenta exacta, como si yo hubiera expuesto aun alguna cosa á la envidia de los enemigos. ¿Tengo bastante fuerza para librarme de ellos?

Mi corazón está sumergido en la tristeza, angustiado por el dolor. ¿De dónde provienen, pues, los males de nuestro tiempo? El incendio se extiende cada vez mas, y es imposible extinguirlo. Desgraciada Pao-see (1), tú encendiste el fuego que nos devora.

Pensad continuamente en el última hora. El camino que seguís es oscuro, resbaladizo, peligroso. Tiráis de un carro lleno de riquezas, ¿qué hecéis? ¡ay de mí! Dejáis que se rompan los lados del carro, dejáis perecer vuestras riquezas, y cuando todo está perdido, pedís socorro.

No rompáis los lados del carro, fijad los ojos en las ruedas, velad sobre vuestra gente, no dejéis que se pierda tan precioso tesoro, no os esponzáis donde haya peligro. Pero ¡ay! ¡que mis palabras se las lleva el viento! Ni siquiera se piensa en lo que digo.

Los malvados creen estar bien escondidos; pero son á manera de los peces encerrados en un vivero; aunque se sumerjan en el agua, se les ve como si estuviesen en la orilla. ¡Mi alliccion es infinita al ver su miseria!

Pasan los dias en la alegría; hacen que se les sirvan exquisitos vinos y delicados manjares; sus banquetes no tienen fin; reunen compañeros de disolucion; no hablan sino de nupcias y placeres. Considerad que me he quedado solo, y obligado á ocultar hasta las lágrimas.

El mas pequeño gusanillo tiene su boca, el mas vil insecto encuentra con qué alimentarse, y el pueblo hoy se muere de hambre y de miseria. ¡Oh Cielo, que justamente nos envías estos males! mira como los perversos nadan en la abundancia, y compadécete de los justos, reducidos á una extrema necesidad.

(1) Pao-see, hija de Yen-Wang, fué causa de graves infortunios, cuya naturaleza no se explica en los libros sagrados; es quizá un resto de la tradicion de Eva. En esta oda el principio es espléndido, lo demas humilde, y quizá tenga mas de sermón que de poesia. Sin embargo, no le falta riqueza de imágenes, y se conserva bien en el tono medio, por ejemplo de la oda. *Rectius, Licini, vivis*.

Alabanza de Ven-wang.

El Cielo ha hecho esta excelsa montaña, y Tai-wang la ha convertido en un desierto. Este daño fué culpa suya; pero Ven-wang le devolvió su honor antiguo. El camino que aquel había emprendido está lleno de peligros; la senda que sigue Ven-wang es recta y fácil. Posteridad de un rey sabio, conserva sin desmedro la felicidad que él te ha proporcionado.

Al mismo.

El que es solo rey y señor supremo abate su majestad hasta cuidar de las cosas de la tierra (1). Atento siempre al verdadero bien del mundo, tiende la vista por su superficie. Ve dos pueblos que abandonaron sus leyes, y no por eso el Altísimo los abandona; al contrario, los examina, los espera, busca por todas partes un hombre según su corazón, y él mismo quiere dilatar su imperio. Fijo en esta idea, dirige la vista con amor hacia Occidente: allí debe habitar, y reinar en compañía de este nuevo rey.

Arranca primero las malas yerbas, y cuida las buenas; poda las ramas exuberantes de los árboles, y les da un buen arreglo; arranca las canas y cultiva la morera (2). El Señor quiere devolver a los hombres su antigua virtud; todos los enemigos huirán ante ellos. El Cielo quiere elegir un igual (3); no ha habido nunca voluntad mas absoluta que la suya.

El Señor observa esta santa montaña, mansión de paz; en ella no crece ninguna de las maderas de que se fabrican armas; reino eterno, donde se ven solo árboles, cuyas hojas no caen nunca. Es la obra del Altísimo; él colocó al menor en el puesto del primogénito (4); solo Ven-wang sabe amar con el corazón a sus hermanos; en ello funda la felicidad y la gloria. El Señor le colmó de sus bienes y le dió por recompensa al universo.

El Señor penetra en el corazón de Ven-wang, y descubre allí una virtud secreta é inexplicable, cuyo perfume se extiende por todas partes.

(1) Este principio recuerda el

Cælo tonantem credidimus Jovem
Regnare,

con que Horacio prelude las alabanzas de Augusto.

(2) La Biblia abunda en estas imágenes alegóricas. Y Manzoni, describiendo los efectos del nacimiento de Cristo, dice:

De la mansión etérea
Brotó una fuente y baja,
Y por el valle lóbrego
Vivida se derrama;
Destilan miel los troncos,
Y do creció la zarza
Vese crecer la flor.

(3) También Horacio dice á Júpiter: *Tu secundo Cæsare regnes.*

(4) Et erant noviss mi primi.

¡Oh maravillosa union de sus dones mas preciosos! El entendimiento para regularizarlo todo, la sabiduría para esparcir en todo claridad, la ciencia para instruir, el consejo para gobernar, la piedad y la dulzura para conciliar el amor, la fuerza y la majestad para hacerse temer; además una gracia que le atrae los corazones; virtudes siempre constantes é incapaces de experimentar cambio; dotes dispensadas por el Altísimo, felicidad que ha concedido á sus descendientes.

El Señor dijo á Ven-wang: — Cuando el corazón no es recto, los deseos son desarreglados y no se puede salvar el universo. Tales defectos no hallarán cabida en ti. Sube, pues, el primero á la montaña, para que los demás te sigan. Mira esos rebeldes, indóciles á su Señor, que creyéndose superiores á los hombres los tiranizan. Armate de mi cólera, despliega tus estandartes, dispon los ejércitos, restablece la paz, asegura la felicidad de tu imperio, y cumple lo que de ti espera el mundo.

Inmediatamente Ven-wang, sin dejar la corte, sube á la cima de la montaña. — Volved á vuestras cavernas, espíritus rebeldes; esta es la montaña del Señor; no podéis entrar en ella. Estos manantiales son las aguas puras donde acuden á beber los súbditos de Ven-wang; estos placeres no se han hecho para nosotros. Ven-wang eligió esta montaña; él mismo abrió estos límpidos arroyos; allí deben reunirse todos los pueblos fieles, allí los reyes.

El Señor dijo á Ven-wang: — Yo amo una virtud pura y sencilla como la tuya; no es ruidosa, no esparce gran brillo exterior, no es molesta ni altanera; se diría que no posees doctrina é ingenio sino para conformarte con mis órdenes. Conoces á tu enemigo: reune contra él todas las fuerzas, dispon tus máquinas de guerra, tus carros; vé y destruye al tirano, arrojale del trono que usurpó. Carros armados, no os atropelléis; excelsas murallas, no temáis; Ven-wang no procede con precipitación, su cólera no respira mas que paz, pone al Cielo por testigo de la bondad de su corazón, quisiera que se rindiesen sin combatir, y está pronto á perdonar á los mas culpados. Léjos de atraerle el desprecio tanta bondad, nunca ha parecido mas digno de amor. Pero si no se cede á tales muestras de generosidad, sus carros llegan con estrépito; en vano el tirano confía en la elevación y fuerza de sus murallas; Ven-wang le ataca, le combate, triunfa, destruye el cruel imperio, y esta justicia no le hace odioso; por el contrario, el mundo no se muestra nunca mas dispuesto que entonces á someterse á sus leyes.

Consejos á un rey.

Grande y supremo señor, tú eres el soberano dueño del mundo; pero ¡cuán severa es tu majestad y cuán rigurosos tus mandatos! El Cielo

da á todos los pueblos la vida y el ser; pero no conviene fiarse demasiado de su liberalidad y clemencia. Sé que empieza siempre como padre; mas no sé si acabará como juez.

Ven-wang exclama: — ¡Ay de mí! rey del mundo, sois cruel, y vuestros ministros son tigres y lobos; sois avaro, y vuestros ministros sanguiuélicas. Permitid á vuestro lado tales personas, las elevad á los primeros grados y porque obligásteis al Cielo á que os infundiese el espíritu de vértigo, sometéis vuestros súbditos á esos perversos.

Ven-wang exclama: — ¡Ay de mí! rey del mundo, apénas queréis llamar junto á vos algun sabio, los malvados juran arruinarle, y esparcen mil falsos rumores para cubrir con pretextos especiosos su odio. Les dáis oído, los amáis. ¿Cómo habéis alojado en vuestro palacio una caterva de ladrones? Por eso lueven las imprecaciones de vuestro pueblo.

Ven-wang exclama: — ¡Ay de mí! rey del mundo, os conducís con vuestros súbditos como fieras hambrientas; hacéis consistir toda vuestra habilidad en buscar consejeros aun peores que vos; no aplicándoos á la práctica de la virtud, permanecéis sin apoyo, y no siendo vuestra vida sino mentira, solo tenéis por favoritos á gente que os engaña.

Ven-wang exclama: — ¡Ay de mí! rey del mundo, las murmuraciones de vuestro pueblo son como el chirrido de las cigarras, y la cólera fermenta en medio de su corazón. Se acerca para vos la última de las desgracias y no teméis. La peste está en el seno del imperio, y se propaga hasta los Bárbaros mas distantes.

Ven-wang exclama: — ¡Ay de mí! rey del mundo, no debéis acusar de vuestros males al Cielo, sino á vos mismo. No habéis querido escuchar á los prudentes ancianos; los habéis alejado; pero aunque no tenéis ya cerca de vos á esos hombres respetables, tenéis aun las leyes. ¿Por qué no las seguís, para desviar los azotes que os amenazan?

Ven-wang exclama: — ¡Ay de mí! rey del mundo, se dice, y con demasiada verdad: lo que ha matado á este árbol no es el haberle arrancado las ramas ni quitado las hojas, sino el estar podrida la raíz. Así como vos debéis contemplaros en los reyes que os han precedido y que se os parecían, así un día serviréis vos de ejemplo á los que os sucedan. Cuanto mas envejece el mundo, mas ejemplos famosos tiene para instruirse, y no por eso se vuelve mejor.

Consejos á un rey.

Un exterior grave y majestuoso es como el palacio donde reside la virtud; pero dicen, y dicen bien: Hoy los mas ignorantes saben lo suficiente para ver defectos ajenos, y los mas instruidos no ven sus propios defectos.

El que no exige de los demás cosas superiores á sus fuerzas, puede instruir al universo, y

el verdadero sabio hace del corazón del hombre lo que mas le agrada. No forméis designios en que entre el mínimo interés. Dad órdenes tan buenas que no os veáis obligado á cambiarlas. Que vuestro aire de probidad y de virtud muestre que poseéis ambas cosas, á fin de que sirváis de modelo á todo el pueblo.

Pero ¡ay! estas lecciones no están ya en uso; todo va al revés, estamos como sepultados en vergonzosa embriaguez, y porque la embriaguez agrada, no se piensa ya en el buen arreglo, no se estudian las máximas de los antiguos reyes para hacer revivir su sabia administracion.

Decís que el augusto Cielo no os protege ya; pero él ama á los que siguen abiertamente la virtud: estáis en medio de la corriente; así temed que os arrastre. Velad de continuo sobre las mas pequeñas cosas, observando con exactitud la hora de la salida y de la puesta del sol, y cuidando de que vuestra casa esté siempre limpia. Vuestro ejemplo hará que el pueblo sea diligente; y con tener los carros, los caballos, los soldados, las armas en buen estado, evitaréis la guerra, y alejaréis á los Bárbaros.

Perfeccionad vuestro pueblo, y sed el primero en observar las leyes que le deís; así os ahorraréis muchos disgustos. Principalmente pesad vuestras órdenes, y cuidad mucho de vuestro exterior: entónces todo estará tranquilo, todo bien. Se puede quitar una mancha de un diamante á fuerza de pulimentarlo; pero si vuestras palabras han pecado en lo mas mínimo, no hay medio de borrar la falta.

Hablad, pues, siempre con reserva, y no digáis: *No es mas que una palabra*. Pensad que esa palabra, una vez proferida, no puede retirarse, y que si no refrenáis la lengua, cometeréis mil errores. Las palabras llenas de sabiduría son como la virtud, y no quedan sin recompensa; por su medio ayudáis á vuestros amigos, y todos los pueblos que son vuestros hijos se vuelven virtuosos, siguiendo de edad en edad vuestras máximas.

Cuando estéis con amigos sabios, componéos de modo que en vuestra persona no aparezca nada que no sea dulce y amable; en la familiaridad no se os escape nada que no sea arreglado; ni en lo mas secreto de vuestra casa os propaséis á ejecutar ningun acto vergonzoso; no digáis: *Nadie me ve*, pues existe en espíritu inteligente que todo lo percibe, que viene cuando ménos se piensa, y por lo tanto debemos ejercer una vigilancia continua sobre nosotros mismos.

Vuestra virtud no debe ser comun, sino llegar á la mas alta perfección: regulad tan bien vuestros movimientos que no salgáis nunca del camino recto: no salvéis los límites que la virtud os prescribe, y evitad cuanto sea capaz de ofenderla: proponéos como un modelo, que pueda sin temor imitarse. El proverbio dice: *Se vuelve una manzana por un albrichigo*; no recogeréis sino lo que sembrásteis. Quien os

diga lo contrario os engaña; equivale á buscar cuernos en la frente de un cordero recién nacido.

Una rama de árbol sencilla y flexible toma cualquier forma que se le dé: un sabio posee la humildad, fundamento sólido de todas las virtudes. Habladle de las hermosas máximas de la antigüedad, y pronto las adopta y procura ponerlas en práctica. Al contrario, el necio imagina que se le engaña, y no quiere creer nada. De este modo cada uno sigue su inclinación.

Hijo mio, decís que ignoráis el bien y el mal: no pretendo arrastraros á la virtud por fuerza, sino dándoos pruebas sensibles de cuanto os digo. No adquiriréis la sabiduría con oír meramente mis lecciones; necesitáis además practicarlas de corazón. Reconocer, como lo hacéis, vuestra incapacidad, es una excelente disposición para encontraros pronto en estado de instruir á los otros, pues desde el momento en que uno no está lleno de sí ni inflado de vano orgullo, lo que aprende por la mañana, lo pone en práctica antes de que el día concluya.

El supremo Tien distingue claramente el bien y el mal; odia á los soberbios y ama á los humildes. No hay instante en que yo no pueda ofender al Tien; de consiguiente ¿cómo disfrutar un momento de alegría en esta miserable vida? Pasa como un sueño, y la muerte sobreviene antes de despertar; de ahí procede mi dolor. Nada olvido para instruirme, y vos apenas me escucháis; en vez de amar mis lecciones, ¿os parecen quizá demasiado ásperas? Decís que no os halláis en la edad de ser tan sabio; pero si no abrazáis ahora la virtud, ¿cómo alcanzarla en la caduca vejez?

¡Oh hijo mio! no os anuncio mas que las grandes verdades de los reyes antiguos. Si acogéis mis consejos, no tendréis nunca de qué arrepentiros. El Cielo está irritado; vos teméis que estalle contra vos y vuestro pueblo: en los pasados siglos encontraréis famosos ejemplos de su manera de obrar. El Señor no se aparta jamás de las sendas que le son propias. Estad firmemente persuadido que el no entrar pronto en el camino de la virtud que os he señalado, será como atraer sobre vuestro imperio las mas terribles desgracias.

La ruina del género humano.

Levanto los ojos al cielo y parece de bronce. Nuestros infortunios duran hace largo tiempo; el mundo está arruinado: el pecado se difunde por todas partes como un veneno mortífero; las redes de la culpa se hallan tendidas en todas direcciones, y no hay apariencia de cura.

Poseíamos campos fértiles, la mujer nos los robó: todo estaba sometido á nosotros, la mujer nos sumió en la esclavitud. Ella aborrece la inocencia y aun el delito.

El marido prudente eleva las murallas que forman el recinto; pero la mujer, que lo quiere saber todo, las derriba. ¡Oh cuán astuta! Es un ave de voz funesta; demasiada lengua tuvo. Es una escala por donde bajaron todos nuestros males. Nuestra ruina no procede del Cielo, fué causada por la mujer. Los que prestan atento oído á las lecciones de la sabiduría, son semejantes á esta infeliz.

Ella arruinó al género humano.

Escogeré ahora otras breves composiciones de varios géneros.

» Vino sin gorro ni quitasol, y se va en carruaje con caballos y tren: siempre es el mismo; ¡pero qué diferencia de acogida!

» El vino alegra cuando se bebe entre los amigos; los versos son el deleite de una sociedad íntima; pero, no siendo con los amigos, la poesía y el vino son fuentes de amargura.

» No me digáis que un grande hombre nunca llora; un grande hombre llora, pero sus lágrimas son furtivas. »

(De las Dos Primas)

« ¡Feliz el sabio que en el valle donde vive solitario goza oyendo tocar los platillos! Solo en su lecho, exclama al despertarse: *Jamas, lo juro, me olvidaré de la dicha que experimento.*

» ¡Feliz el sabio que en el declive de la montaña goza oyendo tocar los platillos! Solo en su lecho, canta al despertarse: *Jamas, lo juro, iré con mis apetitos mas allá de lo que poseo.*

» ¡Feliz el sabio que en la colina donde habita goza oyendo tocar los platillos! Solo en su lecho, al despertarse reposa y jura que jamás descubrirá al vulgo el motivo de su alegría. »

(Libro de los versos, V, 2.)

Las siguientes composiciones son de Kaokiti, poeta muy antiguo:

« La escarcha cayó sobre las flores: ¿quién extenderá un pabellón para resguardar su tejido delicado y oloroso? Mis versos andan errantes á lo lejos buscando el reino de la primavera; mi alma contristada enamora á media noche á la luna suspendida sobre la aldea: en mi melancolía pido á las nubes una compañera; en mi abandono busco un alma en que desahogar la mía. En la primavera recorreré los deliciosos países Lo-Que; á la caída de las hojas me encerraré para entregarme á los estudios.

» Rubies dignos de adornar un trono, ¿quién es el que os siembra en todos los puntos del país de Nanking? Mientras el docto reposa en medio de los montes cubiertos de nieve, una hermosa viene aquí á vagar á la claridad de la luna. En la rígida estación, la flauta es su único consuelo: en la primavera huella la vas-

ta alfombra de perfumado almizcle. ¿Qué amante no se complace en hacer resonar graciosas canciones, cuando el viento de Oriente viene á jugar en esta melancólica soledad?

(Nótese que el viento, el sol, el huésped, la habitación de Oriente indican siempre el amor y el matrimonio.)

» Este es el tiempo en que el ambiente es mas ligero, en que la lluvia es mas suave; una mañana cambia en ramas los vástagos que brotan de un arbusto. Mis sentimientos vuelan en versos ligeros, como esta niebla que colora los arcos del puente, como estas ramas cuya sombra tiembla al soplo de la primavera. ¡Infeliz del que se afana en extraer el oro de las entrañas de la tierra! La nieve que hace poco llenaba el cielo, era un buen asunto para la meditación. Si la paloma viajera pregunta el número de mis pensamientos, sepa que sería mas fácil contar las capas de seda que cuelgan de esta planta.

La que sigue alude á una jóven de virginidad ya en sazón.

« La primavera vuelve á sembrar nuestros caminos de flores purpúreas, y las doncellas acuden en tropel á contemplarlas. Cada año ve las flores abrirse y marchitarse. Pero una doncella calla cuando las mira; calla, porque las flores despiertan en ella un pensamiento que, oculto á todos, turba la calma de su corazón. Recuerda que la curruca suspira en la luna nueva. Ya los cabellos de sus sienes compiten con el esplendor de las flores: en otro tiempo se lamentaba del precoz rigor del viento de otoño; al presente, su cuerpo no está ya tan ligero. ¡Ay de mí! esa basquiña de un rojo subido como el de la granada no iguala ya la frescura de la flor del alberchigo: pasa los meses y los años gimiendo sola, y va repetidas veces al espejo para buscar su imagen de otra época. Las muchachas vecinas evitan su compañía: sola, abandonada á sí misma, no despierta ya sino piedad. »

Adios á la golondrina.

« El citiso con sus doradas ramas aguarda el nido que debe acoger á una feliz pareja; guiará hasta él un tortuoso sendero cubierto de guijarros; el moribundo follaje añade su sombra á la espesura de los enverjados. Pero ya el ardiente céfiro cubre de flores la tierra. ¡Pájaro de negra pluma, nada consuela tu dolor! Mas ¡ay! no flores tanto al pensar en tu país natal. Aunque quisieran ceñirte de un doble muro desde lo alto de la galería perfumada de estos arbustos, tú, excitado por el deseo, te lanzarías al misterioso retiro donde te aguarda tu compañera. »

« Cinco cúspides se elevan unidas entre sí como los dedos de una mano: son un apoyo para la ciudad de Yan, una muralla á medio

camino del cielo. De noche, esta mano se lava en el río de la lana (*via láctea*) y coge las estrellas del modio (*la osa mayor*); de día toca el azul del cielo y juega con el humo de las nubes. La lluvia cesó, y en el espacio se muestran las retoños de jaspe; la luna se eleva como una perla brillante suspendida en la palma de esta mano. No se sabe si es el brazo que el grande espíritu extiende á lo lejos, del otro lado de los mares, contando los reinos del imperio del Medio. »

Como corolario añadido el principio de la relación que un Chino hizo de su viaje á Londres en 1813.

« Mas allá del mar, á la extremidad Noroeste, hay un reino llamado Ying-lun. El país es frio; se goza acercándose al fuego; las casas son tan altas que se pueden desde ellas coger las estrellas. Los espíritus son rectos, observadores de los ritos y respetuosos; los carazones inclinados al estudio de los libros sagrados. Profesan particular enemistad á los Fo-lang-sse, y entre ellos jamás reposan el escudo y la lanza. Las colinas y los campos presentan una vegetación abundante; las llanuras que los dividen semejan á una ceja pintada. Los hombres tratan con respeto á las mujeres; estas son dignas del país por la hermosura de sus facciones. Las jóvenes tienen un rostro que compite en el color con el encarnado de las flores, las gracias de las bellas se parecen al jaspe blanco. En todos tiempos el amor ha engendrado allí pasiones enérgicas; los esposos gustan de prestarse mutuo apoyo. »

En 1863, se imprimieron en Paris *Poésies de l'époque des Tang traduites pour la première fois avec une étude sur l'art poétique en Chine et des notes explicatives, par le marquis d'Hervey-Saint-Denis.*

§ 3. ELOCUENCIA.

El emperador Cang-hi, hácia el año 1670, mandó formar una colección de los decretos é instrucciones de varios emperadores, referentes á la manera de gobernar y á la represión de los abusos, como también de los discursos de los mejores ministros, y á cada trozo añadió alguna breve reflexión con el pincel rojo, esto es, de su propia mano. El misionero P. Hervieu hizo la traducción, la cual basta para convencer que á la China no le falta elocuencia; solo que la diferencia de costumbres y la extrañeza de las expresiones nos detienen á cada paso y nos obligan á meditar para entenderlas, disminuyéndose así el efecto. He elegido aquellas instrucciones en que abundan ménos las cosas especiales, y que sirven al mismo tiempo de apoyo á lo que se ha expuesto en la NARRACION.